acerca de la identidad docente

*mauricio andión**

En el mes de marzo asistí a un seminario organizado por el Programa de Superación Académica de la UAM-X, en donde se intentó iniciar una reflexión sobre el significado de "la identidad del docente modular".

Para ello se invitó a tres distinguidos profesores —Eduardo Remedi, Monique Landesman y Adelina Castañeda— quienes han trabajado el tema y cuyas investigaciones han sido publicadas por la Universidad Autónoma Metroplitana. Pensando en lo que estos maestros expusieron, llegué a algunas conclusiones que quisiera compartir con ustedes:

En primer lugar, me di cuenta que cuando se pretende conocer la identidad docente ésta aparece como una realidad fragmentada, lo que implica observarla en su diferencia; y es que cuando la interpretamos atendiendo a su dimensión objetiva y subjetiva, esto es como hecho y representación social, la identidad del docente se revela múltiple, diversa y sobredeterminada.

Dentro de una institución educativa constatamos la existencia de diferentes clases de docentes que asumen su labor desde distintos parámetros ideológicos: el catedrático, el profesor-investigador, el maestro, el capacitador y el instructor; todos ellos ocupan una posición diferencial dentro de la estructura institucional, y desde ahí optan por estrategias prácticas de acuerdo con su historia social incorporada.

En el caso de la escena universitaria característica en las instituciones públicas de educación superior, ésta aparece como un muestrario de agentes identificados con algunos personajes, que van desde "la vaca sagrada" hasta "el burócrata", pasando por "el grillo" o "el profesor de corazón". Estos personajes se asocian hasta formar grupos arquetípicos que actúan por la legislación de su existencia en la arena institucional.

Vista así, *la identidad* se podría entender como una realidad social y cultural generada por el reconocimiento que se produce entre agentes que comparten una historia común en algún momento de su trayectoria social. Es por ello que la identificación se realiza cuando dos o más sujetos comparten valores, creencias, hábitos y en general una misma perspectiva del mundo.

Al asistir a este seminario pude percatarme de que los participantes nos habíamos reunido para compartir nuestras experiencias docentes. Me atrevería a decir que acudimos a este espacio académico buscando identificarnos particularmente en "lo modular". Me dio la impresión que pensábamos rencontrarnos con alguien que hubiese vivido una historia análoga a la nuestra, así que todos pronunciamos nuestra historia y nos dimos cuenta que teníamos identidades distintas.

Al comentar este hecho con uno de los asistentes, me respondió que el objetivo primordial del seminario era encontrar lo que teníamos en común; esto confirmó mi apreciación.

A partir de ese momento se intentó establecer puntos de inflexión desde donde pudiéramos construir una identidad propia. Se habló entonces del docente como un trabajador que desempeña el rol de un obrero intelectual.

Algunos de nosotros no pudimos identificarnos con esa imagen y apelamos al carácter estético de la labor educativa. El profesor —decíamos— es esencialmente un artista que ejerce su oficio buscando recrear su propia cultura a través de sus alumnos. Se suscitó la discusión; no creo que hayamos llegado a algún acuerdo. En lo personal me llevó a reflexionar sobre algunos aspectos de mi actividad como maestro.

Antes que nada, creo que ser docente es para mí un placer. Cada vez que ejerzo la docencia recreo mi espíritu, me retroalimento y crezco como ser humano.

Cuando pienso en la docencia la imagino no como un trabajo sino como una labor, mediante la cual intento establecer vínculos comunicativos con otros seres humanos, que devengan en posibilidades de vida, social y cultural si se quiere, pero en todo caso es una actividad vital que compromete e involucra todas mis capacidades creativas.

Todos los días me enfrento a un grupo de muchachos que quieren llegar a ser algo, quizá no lo tienen muy claro pero se relacionan conmigo para averiguarlo. El juego, si así puede llamársele, consiste en que yo los oriente determinando un curso, un rumbo, una dirección... una finalidad que apenas vislumbro.

Desempeño un rol, un papel dentro de un escenario que ubicado en el tiempo adquiere la configuración de un pro-

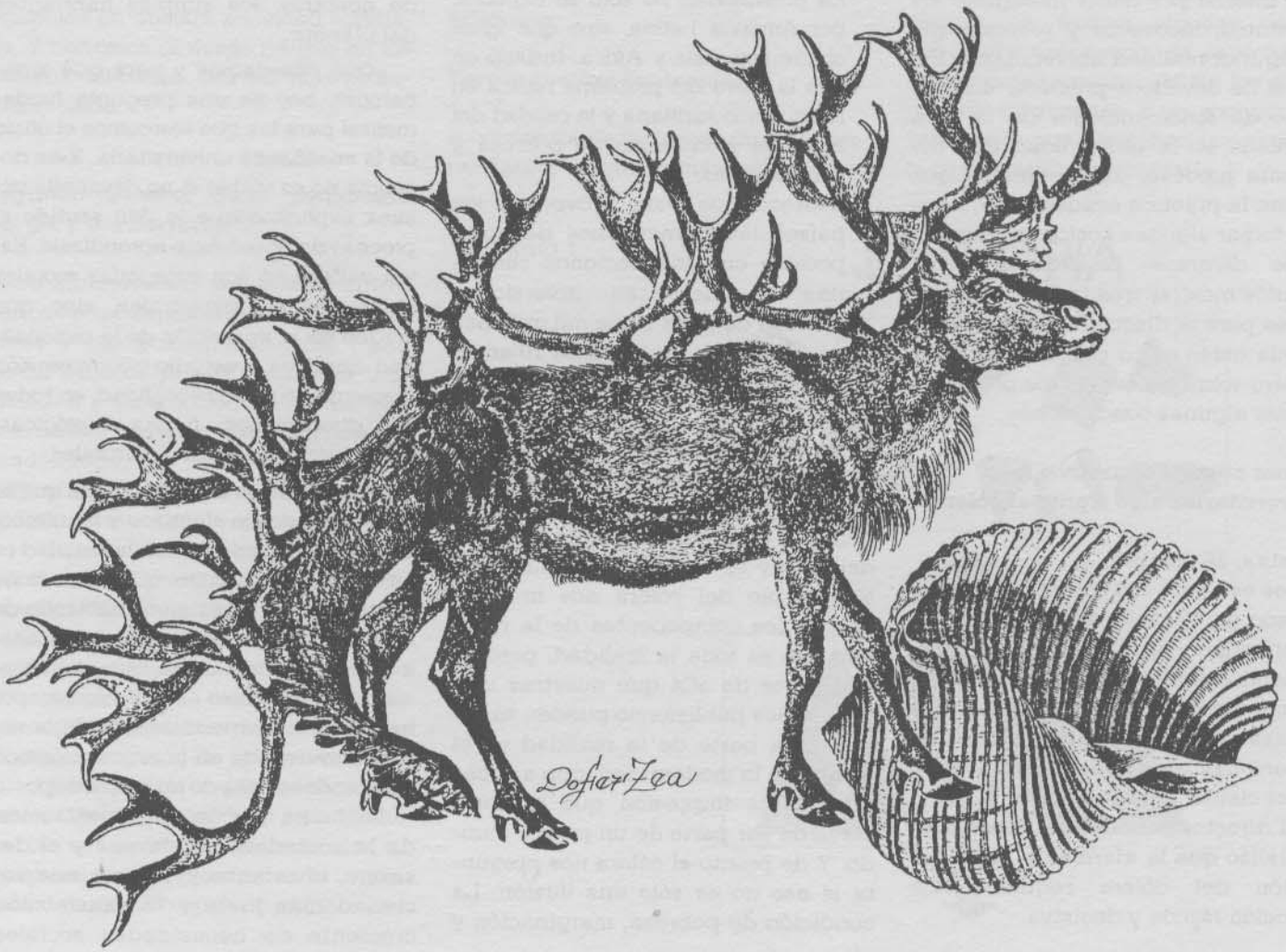
ceso social en el que me reproduzco simbólicamente, recreándome en la transformación intelectual, moral y emocional de mis alumnos.

Así pues, la docencia es mi vocación. He vivido los últimos 10 años para enseñar y en este trayecto la enseñanza se ha convertido en mi profesión. ¿Acaso la docencia puede ser una profesión?

Esta pregunta adquiere vigencia si tomamos en cuenta las condiciones en que laboran los docentes actualmente. Hubo un tiempo en que se pensó que era posible. Muchos de nosotros así lo creímos y nos sometimos a un proceso de adiestramiento en el uso de las técnicas didácticas, la planeación educativa y la racionalización de los recursos pedagógicos. Nos dimos cuenta que esto no era suficiente.

La técnica aplicada a la educación sirve para normalizar los programas educativos y formalizar las prácticas pedagógicas, pero no garantiza la realización del proceso de enseñanza-aprendizaje. La tecnología educativa llevada a su extremo reduce la actividad docente a un trabajo burocrático, en donde el profesor termina convertido en un operador de programas aplicados rutinariamente. La instrumentalización de la docencia expropia el sentido de la labor educativa, enajenándola de su contenido vital y humano.

Tratamos de entender nuestra labor docente dentro del marco general de la educación como función social y política, lo que llevó a plantearnos el problema de la docencia en su dimensión ética y preguntarnos por el sentido de nuestras prácticas educativas.

Fue entonces cuando comprendí que la docencia como profesión es un arte que se realiza al imprimirle un sentido estético a nuestras prácticas pedagógicas, para orientarlas hacia lo sensible y sus resonancias en la vida y el ser humano.

* Profesor de la UAM-X.